

luto de verdadero valor literario y sobre todo de esa unidad de principio medio y fin que es característica primera de una novela digna de tal nombre.

La morbosidad del tema, su falso tono sexual, relatado con gran tono de misterio expresamente empleado para substituir la calidad inexistente, se prestarían para una buena obra intrascendente, de haber sido narrada con talento. Las imitaciones siempre dejan huecos y claros: "¿Y en el medio? En el medio hay que poner talento. "De haber sido así, hubiese podido aspirar quizás a un más valioso segundo premio, el reservado a los verdaderos valores.

Hemos leído en el número de la revista "Esto Es" correspondiente a la semana del 19 al 25 de julio de este año, que María Alicia Domínguez, desde las alturas de su paraíso justicialista y en posesión de un trascendental mensaje destinado a la juventud argentina, según afirma en el mismo artículo, no vaciló en declarar que esta producción es una de las mejores novelas argentinas de los últimos años y que su autora es el valor más representativo de la generación joven. Sin comentarios.

En resumen: Beatriz Guido como novelista, cuenta con amigos en todos los ambientes.

J. G.

DAVID VIÑAS: Cayó sobre su rostro, Buenos Aires, Editorial Doble P, 1955.

Recortado en su rotunda circunstancia, el protagonista de esta primera novela de Viñas va recorriendo su último día —en los capítulos titulados "El día del juicio"—, atravesando a ráfagas por la memoria de su vida transcurrida los capítulos titulados "Los

años". El lenguaje total de la novela acierta, en su estilo ceñido y directo, a redoblar el peso macizo del protagonista, su carencia absoluta de dimensiones éticas, su fuerza caudillesca e inescrupulosa que disminuye a quienes lo rodean y va creando a su alrededor una soledad salvaje en donde él explaya sin reservas su dominio prepotente.

Si Viñas aleja todo propósito de juicio expreso de este carácter, su impacto se acusa en el entrecruce de reacciones que Antonio Vera va creando en quienes lo conocen y lo sufren: aquí, nos parece, se resume en densas y muy diestras pinceladas la complejidad de la malicia criolla, la intrincada e inconsciente doblez que consiente en la obsecuencia y la humillación calculando simultánea y rápidamente, con absoluta independencia, los dividendos posibles de la revancha futura. Así las mujeres, en sus procesos infalibles de concesiones y aprovechamientos subsiguientes, así Corti, el periodista que especula indistintamente con la muerte de Vera, la política, su catolicismo, su mujer, sus tímidos esquemas éticos, laterales, miserables, absurdos.

Viñas escribe enérgicamente una novela de personajes preñados de sordidez, que al fin va amasando un aire enrarecido de intereses chatos: politiquería rastrera, sexo animalizado, plata. Capítulos como los que describen el remate, reflejan una rara garra dramática, una despiadada tensión ajustada en un crescendo implacable y muy bien logrado.

Salvadas las distancias, nos recuerda a Faulkner la alianza del sistema de pantallazos retrospectivos (y las enmarañadas estructuras y puntuaciones correspondientes, productos de una técnica refle-

xiva y cuidada) con el ambiente de brutalidad despojada de concesiones, que ilumina estos pantallazos. Con la diferencia, claro está, de que Faulkner se introduce de una manera más permanente en sus libros y paga un tributo más notorio al estilo y al privilegio de ciertas imágenes. En *Viñas* ocurre alguna falla en ciertos de esos pasajes de conciencia fluyente —no por incoherencia sintáctica, inevitable, sino por una inseguridad técnica visible en algunas violencias demasiado acusadas para ser necesarias. Hacia el final, la temática sexual se vuelve también un tanto abrumadora y aparece algún neologismo objetable, como "complacencia".

Los personajes de *Viñas* se mueven en la autonomía que les brinda un lenguaje ajustado, de imá-

genes casi siempre acertadas, dentro de una estructura argumental cuyas necesarias fracturas cronológica no desequilibran la acción. Es este cuidado en el trazo de cada personaje, asegurado en su propia personalidad, el que crea la auténtica dimensión dramática de la obra de *Viñas*, liberándola de caer en un simple descriptivismo sociológico.

A muchas leguas de los remates estilísticos de Güiraldes, separada radicalmente, a causa de una actitud divergente y mucho más inmediata, de escritores como Mallea, esta primera obra de *Viñas* parece abrir seriamente, dentro de una leal y promisoria originalidad, una nueva brecha en la problemática siempre vigente de las esencias de la realidad argentina.

I. Bordelois